

ELIZABETH BOWMAN



INOCENCIA  
*y* PERFIDIA



VESTALES

# Inocencia y perfidia

Elizabeth Bowman

*A Vanessa G. E., por ser la hermana que nunca tuve.*

## Capítulo 1

Inglaterra, 1819. Condado de Lambshire.

El invierno desperezaba con elegante languidez sus gélidos brazos sobre la campiña, pasmando y entumeciendo el aletargado vivir de sus moradores bajo el translúcido sayo de las pesadas nieblas matutinas. Tras las recientes nevadas, que, sin duda, habían sido las más abundantes de los últimos años, el sol había vuelto a asomar tímidamente en un cielo saturado de nubes, y el influjo de sus tenues rayos facilitaba que el denso manto blanquecino fuera desvaneciéndose poco a poco hasta dejar paso a un verdor revigorizado y lleno de vida.

Nuevamente los pajarillos se aventuraban a abandonar sus improvisados refugios para entonar alegres cánticos sobre las ramas desnudas de los árboles, para aportar un ápice de vida a aquel hermoso paisaje que yacía todavía adormecido bajo el sopor de un frío invierno. Los rebaños dispersos volvían a decorar los campos de incontables motas blanquecinas y roncós balares arrulladores, entre tanto un tupido velo grisáceo empañaba la vívida imagen con el incesante lagrimeo de la bóveda celestial.

También Barton Cottage permanecía sumido en la placidez habitual de la existencia de sus moradores, tan so-

lo alterada de cuando en cuando por los agitados nervios de la señora Barton y sus disparatadas ocurrencias.

Habían transcurrido ya seis años desde que Rachel Barton, la primogénita, había abandonado la vieja rectoría para formar su propio hogar en Hardshire, un lugar que distaba más de cien millas del pequeño y boscoso condado. Cuando la señora Barton consiguió dejar atrás el insufrible orgullo de saber a su hija mayor espléndidamente casada con uno de los caballeros más influyentes del reino, y empezaron a aparecer en su ánimo los primeros síntomas que acompañan la añoranza y el aburrimiento, la pequeña Caroline contaba ya dieciocho años. Gustosamente descubrió la señora lo apetecible que resultaba volver a disponer de una hija en edad de ser cortejada, y, esta vez, con influencias provechosas que garantizaban un buen matrimonio.

Ciertamente, Caroline Barton se había convertido en una jovencita hermosa y de bellos ademanes. Conservaba de la niñez la abundante cascada de bucles rubios sobre la cabecita cabal y sensata y la templanza de unos enormes ojos azules engarzados en un rostro extremadamente pálido. Caroline no era como su hermana. Jamás lo había sido. Por las venas no le corría la sangre hirviente de las cabecitas soñadoras y fantasiosas, sino que su carácter profesaba una inclinación más templada hacia la música y la pintura.

Excesivamente introvertida y con un carácter predisuesto a la melancolía, la señorita Barton había erigido una pequeña muralla en torno a su persona tras la cual había optado por refugiarse, por lo que conservaba intactos en la mente los hermosos y agradables recuerdos del pasado y alimentaba con ellos una creciente nostalgia. Sin duda, había sido duro crecer alejada de la influencia siempre optimista y enérgica de su hermana mayor, su mejor amiga y confidente, y perder los entrañables momentos de compli-

cidad creados entre ambas. Había resultado una pequeña amargura despedirse también de George, su único hermano varón, que pocos meses después del matrimonio de Rachel había tomado posesión de su nueva labor como pastor en un condado cercano.

Sola, entre aquellas viejas y destartaladas paredes, con la única compañía de sus ancianos padres y sobreviviendo día a día al sopor que conlleva la cotidianidad, Caroline intentaba evadirse del mundo sentada al viejo piano-forte interpretando los más tristes acordes.

Nadie parecía percatarse, sin embargo, del ostracismo en que se había sumergido, pues su carácter apacible y siempre moderado podía llevar a confusión si se asociaba equívocamente su creciente melancolía con timidez.

Largas veladas sentada frente a la ventana con la vista perdida en la lejanía mientras esbozaba con fino carboncillo los trazos de un paisaje inspirador ocupaban a menudo sus tardes, al tiempo que en la sala de té contigua la anciana señora Barton ideaba con las vecinas nuevas sendas por las que encauzar a su delicada y abstraída hija.

—Rachel era una criatura imprudente y poco dada a comedimientos y, sin embargo, hizo un matrimonio muy ventajoso. No dudo de que mi pequeña Caroline se casará tan bien o mejor incluso que su hermana. Siempre ha sido una niña muy despierta e inteligente y su naturaleza resulta más afable y apacible que la de su hermana.

—No cabe duda de ello, señora Barton, la pequeña Caroline es una criatura más disciplinada y dócil de lo que lo fue su hermana mayor.

—Y, además, más hermosa. ¿Ha visto usted la romántica palidez de sus sienes?

Caroline sacudió la cabeza resignada cuando a sus oídos llegó el vago rumor de las ocurrencias de su progenitora junto con las risas de las comadres.

Jamás había pensado en casarse, nunca había sentido la necesidad de embarcarse en un viaje romántico que, sin duda, reportaría grandes y desapacibles cambios en su tranquila existencia. Siempre había considerado que las historias que Rachel le leía acerca de caballeros capaces de atravesar el mundo en pos de su dama resultaban por demás inexactas e imprudentes y que languidecer de amor en la época imperante era poco menos que una absurda utopía. Ese amor cortés correspondía a una época de castillos, dragones y mazmorras, tiempos en que las niñas crecían soñando con servicialesancelots o apasionados romeos capaces de entregar la vida en nombre de un amor tormentoso que acarrearba de continuo las más inesperadas tragedias. Rachel había crecido inmersa en esas historias, como si la vida misma transcurriera entre líneas de tinta garabateadas sobre papel vitela, y, desde siempre, había pretendido inculcarle esa pasión por los amores turbulentos y atormentados.

Sin embargo, ella distaba mucho de ser la soñadora alocada e impulsiva que era su querida hermana. Siempre se había considerado una muchachita de mente vivaracha y ánimo despierto, pero jamás había permitido que el menor bombo descontrolado de su víscera romántica diera un vuelco a la practicidad con que había forjado la propia existencia.

La temporada anterior había sido presentada en sociedad para aprovechar la ocasión de su decimoctavo cumpleaños. Los señores Davenport la habían agasajado con una fiesta en la elegante Daven Court y habían convidado a una serie interminable de fastuosos personajes, vanidosas

señoritas y estirados esnobs que no hacían más que afianzar la creencia en que ese tipo de sociedades de ningún modo podrían reportarle algún beneficio provechoso. Desde entonces, no había acudido a ningún evento de similares características, pues las fiestas en Lambshire carecían de toda formalidad y las invitaciones desde otro tipo de sociedades afortunadamente brillaban por su ausencia. De vez en cuando, era invitada a Daven Court para acompañar a su hermana y ejercer de paciente tía con los gemelos de Rachel, por lo que esas largas temporadas se convertían en los mejores y más memorables momentos de la existencia de la joven.

\* \* \*

Desde la improvisada atalaya frente a la ventana observó cómo un individuo que tiraba de un viejo asno se acercaba a la casita siguiendo el estrecho sendero de zahorra con el perfil oculto al amparo de una amplia capa y un sombrero de tres picos. Acto seguido, se escuchó el inquieto soniquete de la campanilla en la puerta principal y los pasos desfallecidos y cansinos de Kitty que se arrastraban a lo largo del pasillo.

Caroline no concedió importancia a esa inesperada interrupción. Seguramente se trataría de algún viajero extraviado o de algún cristiano que solicitaba los servicios de su padre como hombre de Dios. Una vez más, inclinó la cabeza sobre el cartapacio y siguió esbozando el desvalido contorno de un árbol que se alzaba triste en el jardín delantero.

La figura oscura de Kitty en el umbral con su sempiterna expresión lánguida y desalentada la hizo levantar la vista.

—Señorita Caroline, acaban de traer esta carta desde Hardshire para usted.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de la joven, y se le iluminaron de pronto los celestes iris con un fulgor inesperado. Dejando a un lado el material de dibujo y la escasa inspiración del momento, corrió en pos de la sirvienta, al tiempo que sostenía entre las manos el pequeño rectángulo de papel que la mujer le entregaba.

—Gracias, Kitty.

Con aquel precioso tesoro en su poder, recuperó la antigua posición frente a la ventana. Cerró los ojos e inhaló profundamente. Sería capaz de reconocer a millas de distancia el olor a lavanda que emanaba de todas las misivas procedentes de esa dirección. Observó con atención el lacre familiar y sonrió de nuevo ante la querida imagen que se le dibujaba en la mente frente la simple visión de ese sello.

Rasgó el papel con vehemencia, desplegó los tres dobleces de la carta y paseó con avidez la vista por las nerviosas y apretadas líneas, deteniéndose durante más tiempo en alguna palabra ligeramente emborronada. ¡Su querida Rachel resultaba siempre tan disparatada e impaciente! ¡Siempre expresándose con inusual agitación, con impropia urgencia, como si la tinta fuera a secarse de improviso!

—He visto que Kitty traía el correo. ¿Qué contiene esa carta? ¿Alguna novedad del pueblo? ¿Alguna fiesta en fechas próximas? ¿Acaso vuelve la milicia al condado?

La enjuta silueta de la señora Barton se dibujó en el umbral y se acercó a la joven con una vívida curiosidad reflejada en sus ojillos de ratón.

Caroline alzó la cabeza e intentó refrenar la sutil sonrisa que principiaba a asomarle en el rostro. Se mordió ligeramente el labio inferior y respondió adornando las palabras con una creciente sonrisa.

—Es una carta de Daven Court. —Sonrisa amplia—. Rachel solicita mi compañía. Por lo visto, en estos últimos meses, y dado su estado de buena esperanza, se encuentra ligeramente más cansada de lo habitual y necesita que su hermana menor esté a su lado y la ayude con esos pequeños diablillos.

La señora Barton alzó las cejas mostrando en el rostro una mueca de perplejidad.

—¡Pero si aún faltan meses para la llegada del bebé!

Caroline se encogió de hombros mientras releía las últimas líneas, por completo entusiasmada con la oportunidad que se le presentaba. Ver de nuevo a su hermana y poder disfrutar de su compañía le resultaba un refrescante sople de aire en la rutina de su existencia.

—De todos modos, no resulta de extrañar. Esos niños criados sin institutriz se han convertido en unos salvajes sin gobierno. ¡Si parecen cervatillos correteando descontrolados por los pasillos de la mansión! Tu hermana acabará haciendo de ellos unos indisciplinados con medias de seda. ¡Y su esposo es un incauto que no hace más que consentirla en sus despropósitos! —dijo la señora Barton con el ceño fruncido—. ¡Sea pues a su gusto, como siempre ha sido! En su estado no resulta favorable contradecirla. Al fin y al cabo, Daven Court es un lugar donde es habitual que se reú-

nan personajes de sociedades más aventajadas que las que podrías encontrar en Lambshire. Te hará bien pasar una larga temporada en aquel ambiente. Quizá resulte provechoso dada tu situación de jovencita en edad de desposar. — Caroline puso los ojos en blanco mientras suspiraba resignada—. ¡Kitty, Kitty, pequeña haragana, ayuda a Caroline a embalar sus pertenencias; esta tarde saldrá hacia Hardshire en el primer coche de posta!

## Capítulo 2

Caroline entreabrió los ojos, soñolienta, súbitamente espabilada a consecuencia de un repentino golpe en la sien provocado por el brusco traqueteo del carruaje. Se acarició la zona magullada y, molesta, apenas permitió que el roce de sus manos enguantadas modificara el aladar. Su rostro ceñudo, un tanto encendido, puso en evidencia su desazón. Paseó la vista por el interior del carruaje, para estudiar a sus compañeros de expedición, angustiada ante la incómoda conjetura de que alguno hubiera alcanzado a percibir su brusco despertar.

A esa altura del viaje, la diligencia permanecía ocupada solo por tres pasajeros más; cada quien estaba sumido en sus propias cavilaciones y ajeno a la presencia de los demás.

El caballero que viajaba en el asiento de enfrente descansaba con las solapas del gabán levantadas, la cabeza hundida entre los hombros y el rostro cubierto por un deteriorado sombrero de fieltro. Se mantenía sentado de medio ganchete con los brazos cruzados con firmeza sobre el pecho y las rodillas juntas, mientras que sus botas quedaban ocultas bajo los amplios pliegues de la falda de la joven señorita Barton.

Sentada al lado del viajero, una muchachita de menuda fisonomía y elegantes vestiduras reposaba la vista en el paisaje que se desdibujaba a través de la ventanilla, con la mirada impasible y perdida de quien observa la lejanía sin llegar a percibir nada en absoluto. Frente a la joven da-

mita, una mujer adusta, atildada y de porte fruncido permanecía en regia posición con la vista clavada en ella. Lucía un sombrero velado y un rostro macilento y severo, amén de unas huesudas manos que se intuían inflexibles y rigurosas dentro de los oscuros guantes de cabritilla. Cada tanto se dirigía en francés a la joven para preguntarle cómo se sentía o si precisaba algún abrigo, a lo que la muchacha respondía con una musicalidad encantadora en la voz. Por la afectación de sus modales, Caroline dedujo que se debía de tratar de una joven burguesa y de su egregia y austera institutriz.

En el carruaje reinaba un silencio profundo, denso, solo interrumpido por el traqueteo de las ruedas sobre el terreno saturado de socavones y por los bruscos vaivenes que obligaban a salir de su modorra a los fatigados pasajeros. El roce entre los viajeros resultaba inevitable a causa de la accidentada carretera y esa forzosa intimidad obligaba a las más absurdas miradas de afectación y disculpa por parte de todos. La regia institutriz lanzaba su ponzoñosa mirada olímpica por el habitáculo para dar a entender que aquella situación la incomodaba, mientras la joven damita echaba mano de la pared lateral y apoyaba la palma enguantada contra el vidrio en un intento por mantener la postura erguida. En varias ocasiones, Caroline se sintió a punto de caer de bruces contra el adormilado caballero, pero logró frenar con las rodillas el inminente desplome. Por fortuna, el individuo pernoctaba imperturbable y la señorita Barton pudo ahorrarse la vergüenza que le habría provocado la situación.

El peso de las largas horas de viaje empezaba a hacer mella en los viajeros. El coche había salido de Lambshire el día anterior, a la caída de la tarde, y, tras toda una larga noche de frenético viaje y un día de continuo traqueteo, empezaban a percibirse a través de las ventanillas las últi-

mas luces desmayadas del crepúsculo, lo que sumía al carruaje en una sucesión de luces y sombras, cuando menos, onírica.

Ocasionalmente, rasgaba el denso velo del sopor algún aislado resoplido por parte del viajero durmiente que, tras chasquear la lengua bajo su impuesta máscara de fieltro, retomaba su sueño mientras profería bajos y monótonos ronquidos.

Caroline luchaba por permanecer despierta en un intento por mantener la dignidad que se pierde en instantes de sueño. Se humedeció los labios e intentó obviar el incipiente dolor de cabeza, propiciado quizá por el golpe o por la fatiga.

Jirones grisáceos de nubes se desplegaban por la plomiza bóveda celestial y anunciaban las primeras sombras del ocaso. Los oscuros y desgarrados árboles que se adivinaban semejaban, en esas horas de forzada vigilia, espectros que amenazaban el paso de los viajeros, dispuestos a alargar sus ávidas ramas con el fin de apresar las almas de los frágiles mortales que se encontraban tan lejos de su hogar.

La certeza de una pronta llegada a Daven Court mantenía a Caroline con la cabeza cabal y alejaba de sí todo deseo de dejarse caer otra vez en brazos de Morfeo. Valían la pena tantas horas de incómodo viaje y cansancio para volver a fundirse en un abrazo con su hermana. Todo era soportable con tal de percibir su perfume a lavanda y el brillo chispeante de su mirada.

Habían transcurrido ya seis meses desde la última visita a Hardshire y apenas uno desde la última carta; seis meses en los que la vida de Caroline había caído en un letargo a la espera de otra visita que reavivara su adormecida

existencia. Seis meses en los que tan solo las huidizas y melancólicas notas de su pianoforte o los garabateos de su carboncillo la habían acompañado, ofreciéndole una pequeña parcela de evasión donde refugiarse de la apacible y tediosa cotidianidad de Barton Cottage. ¡Qué renovación y qué gozo distraerse con las travesuras de los pequeños Davenport! Sus sobrinos eran dos niños hermosísimos, con el cabello denso y brillante de su padre, los ojos color hiedra de su madre y su misma mente inquieta. Tenían apenas cinco años, pero poseían una vitalidad casi imposible de seguir, y su compañía devenía en una eterna carrera por los amplios pasillos de la mansión. Caroline se sorprendió a sí misma sonriéndole al reflejo de la ventanilla, pues, pese al cansancio, las ansias por reencontrarse con su familia se imponían a toda perturbación.

Aún recordaba la última carta de Rachel:

*Mi pequeña Caroline, nada anhelo más que disfrutar una vez más de tu compañía, ¡añoro tanto nuestras divertidas conversaciones y nuestros paseos por el campo!*

Y también:

*... mi querida niña, has de tener paciencia con nuestra madre, pues ya conoces sus continuos desvaríos y ese afán suyo por emparejar a todo ser vivo. Debes mantenerte alejada y a buen recaudo de sus manías casamenteras. Sabes que procurará comprometerte con cualquier caballero en posesión de cravat (o aun en ausencia de él) que se pasee por delante de tu adorable nariz. Mantente tan cabal como siempre y no aceptes ningún enlace que difiera del amor. Nada existe en el mundo preferible al amor, por más que te digan que resulta secundario en comparación con el dinero.*